

Llegado á Madrid, de donde faltaba mas habia de cinco años, enamórose de Margarita de Vergara, una de las mas hermosas mugeres que ovo en su tiempo en el reino de Toledo, con la cual contrajo matrimonio mas mancebo y con menos hacienda que fuera menester, puesto que frisaba ya en los veinte y cuatro años, gastados en servicio de magnates, príncipes y reyes<sup>31</sup>. Corta fué no obstante su ventura: apenas contaba diez meses de casado, cuando sobrevino á su esposa tan azaroso parto, que hubieron de extraerle el feto en pedazos, quedando tullida y expirando al poco tiempo entre agudos dolores<sup>32</sup>. Grande amargura produjo en Oviedo aquella desgracia, que aun recordaba cuarenta y cinco años despues con lágrimas y suspiros<sup>33</sup>; y despechado de su mala suerte, volvió de nuevo al ejercicio de las armas. Ofrecióle ocasion oportuna la entrada que hicieron por el Rosellon los franceses, rotas las paces de 1500. Pusiéronse los enemigos sobre Salsas en número de veinte mil combatientes, mandados por el mariscal de Bretaña; y defendida aquella fortaleza por don Sancho de Castilla, general de la frontera, fueron rechazados bizarramente en cuantos asaltos intentaron. Urgia, sin embargo, socorrer el castillo, y concertado el Rey Católico con don Fadrique de Toledo, á quien tenia confiada la guarda del Rosellon, corrió contra los franceses, que tomados entre ambos ejércitos, huyeron precipitadamente, aunque superiores en número, dejando en poder de los españoles artilleria, municiones y bagage. Cupo á Oviedo parte en esta singular victoria de nuestras armas, obtenida en octubre de 1503<sup>34</sup>; y terminada en tan breves dias aquella amenazadora campaña, siguió la corte del Rey Católico, quien habia ya resuelto aprovecharse de su fidelidad en otro linage de servicios.

La acertada política del Gran Capitan, que por aquel tiempo tenia allanadas casi toda la Pulla y la Calabria, le habia aconsejado apoderarse de Tarento, donde se fortificaba el primogénito de don Fadrique. Pocos meses tardó esta ciudad en recibir las banderas españolas, procediendo tan afortunado caudillo de tal manera que el mis-

sucesos, (artículo de Gonzalo Fernandez de Oviedo (a) de Valdés): «Habiendo muerto en la flor de su edad el año de 1496 el príncipe (don Juan), pasó á servir (Oviedo) á Federico, rey de Nápoles, en donde estaba en 1507; y despedido de allí, volvió á España, y fué guarda de las alhajas de la reina Germana y del Rey don Fernando.» Ni el príncipe don Juan murió en 1496, pues que se casó en abril de 97, ni Oviedo pasó á servir desde luego, como Baena supone, al rey don Fadrique, ni estaba en Nápoles en 1507, ni fué guarda de las alhajas de la reina Germana. Los dos primeros hechos quedan plenamente ilustrados en las notas que anteceden: respecto de los dos siguientes, bastará copiar las palabras textuales de Oviedo, con lo cual no quedará ya duda alguna de las equivocaciones en que Alvarez Baena incurre: «En el mes de mayo de 1502, ven otra armada, tornó á navegar la Reina, mi señora, y dentro de ocho dias fuymos en España, en Valencia del Cid, donde estaba su madre (la reina doña Juana, hermana del Rey Católico), y

»pocos meses despues que ove dado cuenta de la cámara, con licencia de la reina, mi señora, fuy á Madrid, mi patria» (Quinq., III.<sup>a</sup> Parte, Est. 23: Bat. y Quinq. Y. 59, fol. 452). Oviedo no fué, pues, guarda-alhajas de la reina Germana, sino de la reina doña Juana de Nápoles. El error de Baena ha sido, no obstante, seguido por los autores del Diccionario universal de Hist. y Geog., tom. V, pág. 487 (Madrid, 1848).

31 Hist. Gen. y Nat. de Ind., I.<sup>a</sup> Parte, lib. VI, cap. 38.—Quinq., III.<sup>a</sup> Part. Est., 23.

32 Hist. Gen. y Nat. de Ind., I.<sup>a</sup> Parte, lib. VI, cap. 38.

33 Ib.

34 «Yo estuve esa noche en el campo, y tuve creydo que, segund la disposiçion de aquel passo estrecho, en que los franceses estaban entre la montaña y los estagnos de agua salada, que pocos franceses salieran de allí con las vidas» Bat. y Quinq., Y. 59, fol. 383 vto.—Off. de la Casa Real de Castilla. E. 205).

mo don Fernando de Aragon solicitó pasar al servicio de los Reyes Católicos. No titubeó el Gran Capitan en acoger el ofrecimiento del duque de Calabria, como quien le habia provocado; y haciéndole en nombre de los Reyes las mas lisongeras promesas, dió orden á Juan de Conchillos para que en una galera le llevase á España. Llegó el duque á Madrid, donde á principios de 1505 fué recibido por Isabel y Fernando, como hijo de rey; y el Católico, que daba todo su valor á tan feliz conquista, procuró rodearle de caballeros é hidalgos de su entera confianza, poniendo con este propósito los ojos en Oviedo, en quien demas de la lealtad tantas veces probada, concurría la circunstancia de haber ya servido al duque en casa del rey, su padre<sup>35</sup>. De esta manera volvió Gonzalo Fernandez de Oviedo á verse ligado á la corte de España, abandonando su proyecto de la milicia.

La llorada muerte de la Reina Isabel, ocurrida en noviembre de 1504, vino entre tanto á ser fecunda ocasion de disturbios y desavenencias, llevando al Rey Católico al extremo de pretender echar por tierra con sus propias manos el edificio de la unidad política, levantado por él á tanta costa. Fiel se mantuvo Oviedo, en medio de aquellos trastornos, al Rey Fernando, quien aficionado á sus estudios y erudicion, le insinuó en Toro, donde hacia Córtes en 1505, el deseo de que recogiese y compilase cuantas noticias concernian á los reyes de España desde los tiempos mas remotos<sup>36</sup>. Consagró Gonzalo Fernandez todas sus vigilias á este intento, que solo pudo ver realizado veinte y siete años adelante; y devoto siempre del Rey Católico, asistió en Dueñas á su casamiento con doña Germana, siendo despues testigo de las entrevistas y diferencias entre suegro y yerno (don Fernando y don Felipe), el cual pasó al fin de esta vida en setiembre de 1506, á tiempo en que el Rey Católico, desconfiando del Gran Capitan, se habia partido para Nápoles. Las continuas tareas literarias, á que por natural inclinacion se entregaba Oviedo, no le libertaron de que pensára de nuevo en contraer matrimonio, siendo ahora mas afortunado que la vez primera, pues que en 1509 le nació un hijo que habia de sucederle con el tiempo en sus empleos y trabajos.

Cambió entre tanto con la ausencia del Gran Capitan el aspecto de las cosas de Italia, y repuestos los franceses de sus pasadas rotas, volvieron con mayor coraje á tentar la suerte de sus armas. La costosa batalla de Ravenna, dada el viernes santo de 1512, despertó al Rey Católico de sus perjudiciales recelos y desconfianzas respecto de Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien pensó de nuevo enviar á Italia, para saldar aquella sangrienta quiebra. «Fué elegido (dice el mis-

35 «Yo fui criado un tiempo del rey Federique de Nápoles, padre del dicho duque (de Calabria), é le serví en la cámara hasta que salió de Nápoles, é así mesmo fuy despues en Castilla uno de los criados que por mandado del Rey Cathólico sirvieron al mesmo señor duque, y doméstico de Su Excelencia» (Relac. de lo subçed. en la prision del Rey Francisco de Francia, etc., f. 19).

36 En el proemio que puso Oviedo á su Catálogo Real de Castilla, dirigido á Carlos V, es-

cribia: «El qual (catálogo) yo comencé á copilar nel año de 1505 de la Natividad de Nuestro Señor, conosciendo que el Serenísimo Rey don Fernando, V de tal nombre, vuestro abuelo, desseaba una copilacion semejante». Y al final de la misma obra dice: «Este trabaxo..., como en otra parte tengo dicho, comencé estando el Rey Cathólico don Fernando, V de tal nombre, en la cibdad de Toro, haciendo allí Córtes, año del Señor de 1505 años» (Bibl. del Esc., Cód. orig. H-j-7).



»mo Oviedo) por el Rey Católico por general, para volver á Italia el Gran Capitan, »el qual quiso servirse de mí de secretario. Y para yr con él y ponerme en orden, »vendí parte desso que tenia, porque en lo demas mi muger, viviendo, atendies- »se la fortuna de ambos: y en caballos y armas y ataviar mi persona y criados, »gasté lo que no cobré, y fuy á Córdoba, donde fuy del Gran Capitan graciosa- »mente acogido y le escribí algunos meses, hasta que de allí se partió para yr á »Loxa desdeñado y gastado y despedido de la jornada. Y yo con su liçençia me volví »á la córte del Rey Cathólico, gastada mi hacienda y perdido el tiempo; porque á »mí no me estaba á propósito la yda á Loxa, ni de començar á servir al Gran »Capitan ni á otro señor de España»<sup>37</sup>.

No habian trascurrido muchos meses desde que se restituyó Oviedo á la córte, cuando decretada por el Rey Católico la expedicion de Pedrarias Dávila, deter- minóse á pasar con él á las Indias, ganoso de reponer su malparada hacienda. Alistóse con este intento entre los hidalgos que tomaban parte en tal empresa, di- rigiéndose luego á Sevilla, donde debia hacerse el grueso de la gente para la ar- mada. En aquella capital permanecieron los expedicionarios todo el resto del año de 1513 y parte del siguiente, tiempo en que falleció Juan de Queicedo que iba proveido en el oficio de Veedor de las fundiciones del oro de la Tierra-Firme; y noticioso de ello don Fernando, nombró para sucederle á Gonzalo Fernandez de Oviedo<sup>38</sup>. Apercebida al fin la armada, que se componia de veinte naos y carave- las, salió del puerto de Sanlúcar el 11 de abril de 1514, no sin que antes se vie- ra á punto de zozobrar la nave en que el nuevo Veedor iba embarcado<sup>39</sup>.

37 *Quinq.*, II.<sup>a</sup> Part., Est. 4.-Id., III.<sup>a</sup> Part. Est. 23.

38 Notables son por cierto los errores en que han caido la mayor parte de los biógrafos que han hablado de Oviedo, al tratar del oficio que le confió el Rey Católico en 1514. Mr. Ternaux en su *Bibliothèque Americaine* (Paris, 1837) asienta que fué á las Indias con el empleo de *Director de las minas de Santo Domingo*, error á que hubieron de inducirle los autores de la *Biographie universelle ancienne et moderne* (tom. XXXII, págs. 310 y 41, Paris 1822), quienes aseguran que el Rey Católico le nombró *Director de las minas de la isla de Hayti*, en pago de sus servicios en Nápoles. Verdad es que antes de que esto se escribiera le habian hecho ya Moreri y los autores del *Dictionnaire historique portatif* (to- mo II, pág. 337, colum. 4.<sup>a</sup>, Paris 1752) *Intendente ó Inspector General del comercio en el Nuevo Mundo, bajo el reinado de Carlos V.* Pero lo mas censurable de todo es que Mr. George Ticknor, autor de la apreciable obra titulada: *History of Spanish Literature* (Lóndres, 1849, tomo I, Período II, cap. VI), haya perdido de vista al erudito Baena y al respec- table don Martín Fernandez Navarrete (*Colec. de Viag. Españ.*, tom. I, introd.) diciendo que fué Oviedo nombrado en 1513 *Veedor de las fundicio- nes del oro de Santo Domingo*. Quien intentaba

analizar la *Hist. Gen. de Indias y las Quinquagenas*, razon tenia para no incurrir en semejantes inadver- tencias. Oviedo dá noticia de sus empleos en dife- rentes pasages de una y otra obra, y sobre todo en el lib. X, cap. 4 de la II.<sup>a</sup> Parte de la *Hist. Gen. y Nat. de Ind.*, esplica cómo y por qué fué nombrado Veedor de las fundiciones del oro de la Tierra-Fir- me; cargo que desempeñó, segun en su lugar ad- vertiremos, hasta el año de 1532, bien que en el de 1523 se viese obligado á trasladar su casa y fa- milia á la Isla Española.

39 «Aquesta armada salió con muy buen tiem- po del puerto de Sanlúcar de Barrameda, domingo »de Carnestolendas año de 1514, y despues que la »nao capitana estaba quatro ó cinco leguas en la »mar, saltó el tiempo al contrario y hubo de dar la »vuelta: la postrera nao que salió del puerto, era »aquella en que yo yba, y aun quedaba otra surgi- »da en que el contador Diego Marquez estaba, que »nunca se quiso desamarrar.... Y cómo los pilotos »del rio habian dexado yr las naos fuera en la mar »y se habian tornado á Sanlúcar en sus bareos, y la »mar andaba brava, forzosamente hizo tornar el »tiempo el armada al rio; y la nao en que yo yba, »assi como avia salido la postrera hubo de entrar la »primera, y al entrar por la barra, dió ciertos gol- »pes en tierra y nos hubieramos de perder por falta

Hasta aquella época habia recorrido Oviedo las mas ilustradas córtes de Euro- pa, conociendo y tratando en ellas á los hombres eminentes que en la república de las ciencias y las letras florecian. Roma, Florencia y Nápoles habian excitado su admiracion con la multitud y brillo de sus monumentos, gloria de las artes que en aquel privilegiado suelo aspiraban á eclipsar la fama de Atenas. La córte de Castilla, acaso la mas poderosa del continente, con sus espléndidas fiestas, con sus vistosas justas y torneos, le habia familiarizado al fausto y la opulencia. Cami- naba ahora, guiado de su desgracia, á las desconocidas rëgiones de América, don- de en lugar de los sabios le estaban esperando gentes bárbaras y salvages; en lu- gar de las suntuosas ciudades, inmensos y abrasadores desiertos; en lugar de la magnificencia y lujo de las córtes, la desnudez, el hambre y la miseria. ¡Contras- te singular por cierto el que debia presentarse á su vista!.. Pero si aparecia vio- lenta la comparacion entre la cultura del mundo antiguo y del nuevo mundo, no menos peregrino era el desusado espectáculo que iba á desplegar á sus ojos aque- lla rica y varia naturaleza, virgen todavia á la codicia de los hombres y á las espe- culaciones de la ciencia. Todo habia de ser nuevo para Oviedo dentro de breves meses, excitando poderosamente su imaginacion, despertando con mayor fuerza aquel indefinible deseo de examinarlo y anotarlo todo y avivando al par el propó- sito ya concebido en 1492 de escribir la historia de las Indias. Hombres, religion, ritos, tradiciones, costumbres, todo era distinto en América de cuanto en Euro- pa conocia, no habiendo mayor conformidad en los árboles, plantas, flores y ani- males que poblaban los bosques y estendidas llanuras. Mas no era Oviedo en aque- lla armada el único español que debia con el tiempo contarse en el número de los soldados historiadores, mas celebrados por su pluma que por su espada: en ella, y tal vez en el mismo barco, iba tambien Bernal Diaz del Castillo, quien ya en edad madura, llegó á poseer, en premio á sus servicios, una de las mas pingües enco- miendas del reino de Méjico. Al tomar partido bajo la conducta de Pedrarias Dávila, se hallaba Bernal Diaz apenas entrado en la primera juventud: Gonzalo Fernandez de Oviedo rayaba en los treinta y seis años: el primero falto de experiencia, mo- zo no formado todavia, comenzaba entonces su carrera, sin que alcanzára vali- miento alguno entre aquellos conquistadores: aleccionado el segundo en la gran- de escuela de Italia y protegido de la córte, llamábale á intervenir en los nego- cios de la conquista no solamente su pericia de soldado, sino tambien la obliga- cion de su empleo.

»de piloto; y quiso Dios ayudarnos por su miseri- »cordia y que quassi pendiendo de un bordo por »el agua surgimos dentro del rio Guadalquivir, de

»donde aviamos salido» (*Hist. Gen. y Nat.*, II.<sup>a</sup> Par- te, lib. X, cap. 6).